

CUENTO N° 6

TITULO: RICOS DE ORO VUELVE A CASA

SEUDÓNIMO: MILENARIA

AUTORA: MARÍA TERESA PÉREZ MARTÍNEZ

Por las mañanas todos salían del parque en distintas direcciones. Iban a cumplir la misión que cada uno se había asignado, aunque sin mucha claridad del cómo y el porqué. Algunos no regresaban; se pensaba que habían logrado su cometido.

En las tardes los niños volvían y se distraían jugando: se escondían entre las construcciones de cemento, hacían caminos o coronas de flores, cantaban y a veces discutían con voces ininteligibles, olvidados de su ocupación. Por las noches todos se dirigían al lugar de reposo asignado y allí se quedaban solos hasta el otro día.

Beth se levantaba temprano para escapar de su lecho frío y húmedo e iniciaba su recorrido. Su objetivo era encontrar una casa que se le había extraviado: grande, acogedora, llena de voces alegres, con una habitación rosada y una cama de princesa. La tarea era muy difícil: su memoria no era buena, se desconcentraba y su sentido de la ubicación le fallaba. Al fin y al cabo ella solo tenía cinco años.

Durante el trayecto diario por la ciudad visitaba todas las casas de dos pisos, aunque apenas se asemejaran a la que ella deseaba encontrar, porque el exterior de la residencia buscada se le confundía con otros y tenía una vaga noción de que los objetos cambian. En sus primeras salidas, si en el inmueble elegido había gente, Beth no entraba y se quedaba mirando por la ventana. Pero las personas habían dejado de preocuparla porque nadie le hacía caso, excepto los habitantes del parque.

Una vez en la vivienda seleccionada se iba directamente a la cocina o al comedor, guiada por el aroma a café, pan tostado con mermelada, huevos fritos, tomates asados, naranjas exprimidas y *porridge* preparado con leche fresca, miel de caña de azúcar o fruta picada. En ocasiones había cereales en lugar de avena. Y a veces no quedaba nada, solo los olores.

Como una rutina que hubiera aprendido en tiempos lejanos o un juego para recordar cuando no se tiene prisa, cuando el menú lo hacía posible, la niña seguía siempre los mismos pasos: elegía el plato más pequeño de avena, ni muy caliente ni muy frío y se sentaba con mucho cuidado en la silla que le correspondía por tamaño, ni muy dura ni muy suave. Empezaba a comer con ilusión, pero el sabor de la comida nunca era como ella recordaba y después de unas pocas cucharadas, abandonaba la mesa con desencanto.

En el segundo piso empezaba el verdadero trabajo de reconocimiento y Beth subía lentamente las escaleras en busca de la habitación de sus sueños: rosada y llena de libros, peluches, muñecas, animalitos de juguete, dinosaurios y duendes. Si tenía suerte encontraba algunos objetos parecidos, pero a veces solo había autitos de metal, soldados o monstruos que revisaba con desgano o simplemente no había juguetes. Otro desengaño. Al fin, se sentaba en la cama para probarla y algo muy picante inundaba sus ojos que no podían llorar al darse cuenta de que era muy grande o muy pequeña, nunca como la que ella buscaba. Una vez más era una intrusa, como Ricitos de Oro en la casa de los osos.

¿Qué dirían los dueños cuando ella se hubiera ido?

- Alguien probó mi porridge.
- Alguien se sentó en mi silla.
- Alguien se acostó en mi cama.

Una mañana, cuando estaba a punto de iniciar el camino de vuelta, le pareció reconocer la casa de su amiga Elsie, que tenía en el antejardín un árbol grande y frondoso, con hojas de colores desiguales. Aprovechó de entrar con el cartero y se sentó en el columpio que colgaba de las ramas. Mientras se balanceaba, vio salir a una muchachita parecida a su amiga, pero no se atrevió a hablarle porque la veía mayor.

La vivienda que quería encontrar quedaba muy cerca de la de Elsie: de eso estaba segura. Al día siguiente avanzó por la misma calle unas cuadras más y se detuvo de pronto al ver salir de una casa blanca un auto que llevaba a una pareja con dos adolescentes. Cuando se alejaron al doblar la esquina, sintió esa puntada y ese cosquilleo que a veces la traspasaba entera cuando veía o recordaba algo que no podía precisar, pero que era importante.

Saltó la reja de la propiedad con cuidado y buscó una ventana abierta por donde entrar. Un perro viejo vino a su encuentro ladrando y la rodeó oliscándola. De pronto comenzó a gemir y ella lo abrazó. No había nadie en la casa y no había nada para comer, pero no le importó porque no tenía hambre. Subió la escalera, bajó los escalones de dos en dos saltando y volvió a subir. Cuando tomó la manilla de la puerta que estaba al fondo del pasillo, su corazón adormecido se aceleró.

Temía una nueva desilusión, pero no: ahí estaba el cuarto rosado que ella buscaba y la cama pequeña con las sábanas de princesas Disney. ¡Todo estaba igual! Excepto que en el velador había una foto de una niña rubia de pelo muy rizado en una cama de hospital.

Hojeó los libros, tocó los peluches uno por uno (los perros, gatos y osos eran sus favoritos), el dinosaurio de plástico, todos, todos sus juguetes y con un sentimiento parecido a la nostalgia miró por última vez las fotos que adornaban la habitación. Sosegadamente se acostó entre las sábanas regias y la quietud de su espíritu la fue cubriendo con una sonrisa de complacencia. Ya no tendría que volver al parque, porque esta vez se dormiría para siempre.

Cuando al día siguiente la madre entró al dormitorio de Beth, “Ricitos de Oro”, uno de sus libros preferidos, estaba en el suelo. Al recogerlo cayó de entre las páginas una hoja de papel con un dibujo infantil: una habitación rosada donde aparecía un oso pequeño acostado en una cama proporcional a su tamaño. Le vinieron a la memoria las palabras de su hija al mostrarle el dibujo: *Mamá, mira, si el osito del cuento viniera a visitarnos yo le prestaría mi pieza y dormiría contigo.* Se sentó a los pies del lecho y vio la carita de Beth descansando feliz entre las princesas, como ella hubiera querido despedirla, como dormiría también el osito de fábula, si existiera. Sintió que el espíritu de la niña flotaba en el ambiente y le transmitía paz y por primera vez pensó que ya era hora de remodelar la habitación, sin remordimientos.